



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO III.

LUNES 1.º DE MAYO DE 1871.

NÚM. 76.



ADVERTENCIA.

Como verán nuestros lectores, no ha disminuido la lectura de nuestro periódico, aunque reducimos a la cuarta parte el precio de suscripción, para que puedan abonarse los mas pobres de nuestros correligionarios.

Nuevas condiciones.

La Luz se publica el 1.º y 15 de cada mes. El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Servicio gratis.

Hasta hoy hemos servido con el mayor gusto gran número de ejemplares gratis. Deseosos de que todos los amantes del Evangelio contribuyan al sostenimiento de nuestro periódico, hemos resuelto cobrar á todos tan pequeña suscripción, sin exceptuarnos á nosotros mismos, fundadores y redactores del periódico; así, pues, sin distinción de personas, no se servirá *ningun ejemplar de La Luz gratis* desde esta fecha. El repartidor presentará los recibos, y los que no deseen suscribirse, se servirán manifestárselo.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Preciados, 19, tercero. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Ascobareta.
En Valencia....	Calle de la Muela, 20, tercero.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartajena..	Plaza del Rey, 18.

LA LUZ.

La vieja y decrepita Europa se vá convenciendo, aunque tarde y de mala gana, de que el elemento principal de la prosperidad de un pueblo es su educacion; y aumenta, en cuanto se lo permiten sus achaques y sus revoluciones periódicas, sus escuelas y sus establecimientos de instruccion. Es antiguo axioma histórico

aquel que sostiene que un pueblo civilizado vence siempre á otro mas ignorante, y los pueblos aprenden, aunque no sea mas que para destruir á su adversario en el dia de la lucha. España venció á Marruecos, y Alemania ha vencido á Francia. Hay que saber, aunque no sea mas que para no dejarse destruir por un vecino guerrero.

Los americanos llevan á los europeos, entre otras ventajas, la de instruirse para la paz. En Europa todavía hallan eco en muchos corazones vacíos, esas palabras huecas y sin sentido que se llaman heroísmo, gloria militar, etc., etc. En América la guerra es simplemente una calamidad pública, un motivo de duelo nacional. «La virtud y la inteligencia, decía el inmortal Washington, son las dos garantías indispensables de toda institucion popular.» Es un absurdo creer que un pueblo se hace grande porque destruye á otro y le roba su riqueza y su territorio. Hay dos únicas fuentes de prosperidad para las naciones: la educacion y el trabajo. Los yankees americanos lo han comprendido así, y son el pueblo mas feliz del mundo.

Aquellos puritanos que pusieron los primeros el pié en la libre América, comprendieron que no podian hacer nada estable sin apoyarlo sobre dos hermanas gemelas que el catolicismo habia tenido buen cuidado en divorciar: la religion y la instruccion. Los primeros colonos levantaron, al lado de aquella encina rota por el rayo sobre cuyo tronco mutilado habian abierto por vez primera las páginas del Evangelio, la capilla cristiana, y en el mismo recinto de esta la escuela pública. Y este doble esfuerzo del protestantismo tenia que darle, andando el tiempo, como ha sucedido, la doble direccion de las conciencias y de las inteligencias. Es hermoso, y nunca será bastante contado lo que hicieron los primeros plantadores del Norte de América.

Veinticinco años hacia que habian arribado á la Nueva-Inglaterra. Vivian en ellos el profundo sentimiento religioso que les habia hecho emigrar de la vieja Albion. Carácter positivos y prácticos, y poco amigos de soñar utopías que no habian de traducirse en hechos, votaron una ley que me atrevo á decir ha sido, si no el único, á lo menos uno de los fundamentos mas grandes de la prosperidad de esa nacion. Adivinando lo que habian de hacer nuestros legisladores de Cádiz, comenzaron por invocar la asistencia divina, deseando, segun

sus propias frases, «arrebatar al enemigo del género humano las armas que le proporciona la ignorancia de los hombres, esto es, impedir que la santa luz traída de Europa se oscurezca y estinga.» Desde esta ley data el maravilloso sistema de instruccion de los Estados-Unidos. La Europa miraba entonces la instruccion como un elemento de perturbacion, como un mal que no debia propagarse. Para la Iglesia católica todo saber era, si no una herejía declarada, una presuncion de herejía. Los legisladores de Massachusetts, desdenando estas preocupaciones europeas, ordenaron que se abrieran escuelas gratuitas para los niños de la colonia. El texto de la ley era admirable.

Todo pueblo que tuviera mas de cincuenta casas debería tener un maestro que enseñara á los niños la primera instruccion y los primeros rudimentos de todas las ciencias. Debía costear á sus espensas la escuela y el maestro. El pueblo que tuviese doble número de habitantes debía tener ya una *escuela especial de gramática* y estudios bastantes para que los jóvenes pudiesen salir de allí para ir á las universidades. Sobre esto, aquellos legisladores que tuvieron buen cuidado de preveerlo todo, conociendo la inercia del hombre, decretaron que la enseñanza fuese obligatoria, é impusieron la multa de cinco libras, elevadas despues á treinta y á cuarenta, á los padres y maestros «tan bárbaros,» decía, que impidieran á sus hijos y aprendices el adquirir la instruccion, que es el primer elemento de la vida.

Sobre esta base se ha levantado la prosperidad material y moral de los Estados-Unidos. ¡Felices ellos que han sabido aunar la religion con la instruccion!

El asunto merece que le dediquemos algunos artículos, y se los dedicaremos.

LA ASAMBLEA DE SEVILLA.

Tiempo hacia que todos los cristianos españoles deseaban unirse bajo una misma confesion de fé y una misma disciplina eclesiástica, como todos estaban unidos en un mismo Dios y Salvador. Todos comprendíamos que la union constituye la fuerza; todos sentíamos que era de urgente necesidad una unidad que no excluyera la diversidad, y una direccion que no destruyera la autonomia de las iglesias par-

ticulares, y sin embargo, la union que estaba en la mente y en el corazon de los cristianos españoles no se efectuaba. Es que aun no se habia presentado una ocasion propicia para conseguirla.

La ocasion se ha presentado, y la union es ya un hecho: bendito sea Dios que nos ha dejado ver este dia por tantos fieles cristianos anhelado.

Con motivo de la reunion general que debia celebrar en Sevilla el grupo de iglesias andaluzas denominado «Iglesia española reformada», el consistorio de esta habia dirigido invitaciones á muchas de las iglesias existentes en España para que enviaran representantes á la asamblea y discutieran todo lo que fuera conveniente al progreso del Evangelio en nuestro pais. Las iglesias y misiones que han respondido al llamamiento son tres de Madrid, la de Zaragoza, Cartagena, Málaga, Cádiz, Sevilla, Granada, Constantina, Huelva, Córdoba y Camuñas.

Los dias 11 y 12 del mes de abril se dedicaron á la revision de todos los actos del consistorio pasado, revision y discusion en la que tomaron parte las iglesias de Andalucía.

Las trabajos que habrán de dar fruto principiaron verdaderamente en la mañana del 13. Se constituyó la mesa y se pusieron á discusion los puntos sobre los cuales debia basarse la union. Estos fueron: una confesion de fé bíblica, lo mas bíblica posible, un catecismo, una disciplina eclesiástica, un directorio de culto y un himnario para todas las iglesias. Nombráronse las comisiones que debian preparar los trabajos, y el dia 14 se dió principio á la discusion del código de disciplina. Cuando los que componen una reunion están animados de los mejores deseos, las discusiones no son penosas. Se discute, se razona, unos hacen la oposicion para ilustrarse á sí mismos y conocer á fondo la idea que ha dictado la redaccion de tal ó cual artículo, y al fin todos convienen y aceptan lo mejor. Esto ha acaecido en Sevilla: muchos han disertado sobre tal ó cual punto, lo han criticado, y luego convencidos por las razones aducidas en pró, han concluido por aceptarlo. Ni una vez siquiera en la discusion del código de disciplina ha sido necesario apelar á una votacion nominal.

Con el mismo feliz resultado se llevó á buen término la aprobacion del directorio de cultos, y se decidió que mientras la comision encargada de redactar la confesion de fé definitiva, que ha de ser lo mas bíblica posible, termina sus tareas, las iglesias adopten la de Sevilla ó la de Madrid, puesto que ambas son idénticas en el fondo.

La próxima asamblea se reunirá en Madrid el 15 de noviembre próximo y aprobará la confesion de fé, el catecismo y quizá el himnario.

Se nombró el consistorio que ha de dirigir á las iglesias en lo espiritual durante el año, y resultaron con cargo los señores cuyos nombres damos á continuacion:

- Señores: Carrasco, Presidente.
- » Alhama, primer vocal.
- » Rebolledo, segundo id.
- » Mullet, Secretario.
- » Moore, id.

Y como vocales supernumerarios los Sres. Ruet y Astraiz.

Durante el tiempo que ha durado la asamblea, hemos tenido el gusto de escuchar las predicaciones de D. Francisco de Paula Ruet en la noche del jueves 13; de D. Juan B. Cabrera, el

domingo 16 por la mañana; de D. Antonio Carrasco, el mismo domingo por la noche en el acto siempre religioso é imponente de la consagracion de los Sres. Alhama, Mullet y Fernandez, y por último, el miércoles 19 por la noche, la del Sr. Alhama.

Mucho se ha orado en España y fuera de España porque la asamblea de Sevilla tuviera un resultado feliz para las iglesias españolas, y á esas oraciones se debe sin duda el que se ha obtenido. Que Dios bendiga ahora cuanto se ha hecho, y la obra del Señor prosperará.

LA MISA.

(Conclusion.)

V.

Preparativos para empezar la misa.

Si cada pieza de la vestidura sacerdotal tiene alta y profunda significacion; si cada movimiento del cura delante del altar envuelve inescrutable misterio, no son menores los preparativos que tiene que hacer antes de presentarse en el altar tan dignamente como prescriben los cánones. Si el obispo ó el cura que van á oficiar en la misa han de cumplir los reglamentos de ella, deben antes de ir á la iglesia peinarse perfectamente y lavarse las manos y la cara mas de una vez, porque está escrito en el Salmo LI, vers. 4.º «Lávame mas y mas de mi maldad, y límpiame de mi pecado.» pensamiento puramente moral que la Iglesia ha convertido, segun su costumbre, en práctica material. Prepara minuciosamente todas las cosas que le han de servir para decir misa; la patena, el corporal y el cáliz. Se viste en la sacristía delante de algun Cristo de madera ó de algun santo ó santa de los infinitos que pueblan la corte celestial, y tiene la obligacion de decir, en latin se entiende, para que no lo entienda ni el mismo santo á quien se lo cuenta, porque probablemente aquel santo no sabria latin, algun pasaje alegórico de la Escritura. Vestido ya, coje los arreos de la misa, se cala el bonete, se encamina al altar, hace al llegar á él una reverencia á la Virgen ó al beato que haya en el altar con el bonete puesto, que para saludar á los santos parece que no es falta de galantería el hacerlo cubierto; se lo quita despues y comienza la misa, no sin haber cencerreado un rato el monaguillo la campanilla con que ha de tocar á *Sanctus*, para que los fieles que están á la puerta murmurando de los que entran y salen, penetren en el santuario para asistir al acto de la crucifixion de Cristo. ¡Crueldad del cura que la hace y de los oyentes que la permiten y la sancionan con su asistencia!

VI.

Diversas clases de misas.

¿Cuántas clases de Cenas estableció Jesucristo? Ni religiosa ni históricamente se conoce mas que una. Los pintores católicos que han buscado su inspiracion en este momento sublime, le han representado con una hóstia en la mano repartiéndola á sus discípulos. Fantasías de artistas, desprovistas de toda verdad histórica. Pero en todo caso, ¿si hay una sola clase de hóstia, por qué hay tantas clases de misas? ¿Por qué las hay chicas y grandes, cantadas y

rezadas, mayores y menores, lujosas y humildes, de vivos y de difuntos?

Cada dia de fiesta, cada domingo, cada dia de vigilia, de este santo ó de la otra vírgen, tienen sus misas particulares con sus oraciones diferentes, sus ceremonias distintas, sus colores diversos. San Buenaventura, Santo Domingo, San Antonio de Pádua, San Romualdo, San Trifon, Santa Bibiana y otros mil, tienen sus misas especiales. Hay otro catálogo de ellas, proporcionado al catálogo de las ramificaciones, que por decirlo así, ha hecho la Iglesia romana de la Virgen María. La Anunciacion de la Virgen, su Purificacion, la Asuncion, su Concepcion, su Presentacion, su Visitacion, vírgenes particulares sacadas de la Virgen en general, tienen tambien sus misas. ¡Cómo se hubieran reido los primeros cristianos, si algun fanático ó algun imbécil se hubiera atrevido á decir en sus dias: «La cena de Pedro, la cena de Santiago, la cena Pablo;» en vez de decir, la Cena del Señor!

En el misal romano hay una misa para los difuntos, y ¡cosa especial! no se habla en ella del purgatorio. ¿Y por qué? Cosa muy sencilla: porque cuando se hizo todavía no se habia inventado ese lugar intermedio de las almas. Para los pobres profetas y patriarcas no hay ni un pedazo de misa. Y á la verdad que el catolicismo tiene razon. ¿Qué han hecho Abraham, ni Noé, ni Jeremías, ni Josué, ni Moisés, en comparacion de Ignacio de Loyola, por ejemplo, que formó para la Ungida del Señor y para el Papa especialmente, un aguerrido ejército de soldados espirituales algo mas temibles que los soldados que usan armas materiales? ¿Y qué diremos de aquellas otras misas dedicadas á santos y santas que no han existido en otra parte que en el calendario y en la exaltada imaginacion de los ortodoxos católicos? ¿Qué diremos de las misas de Santa Margarita y Santa Catalina, vírgenes y mártires, que están colocadas en el cielo y en los altares y que jamás han existido en el mundo? Y tienen la ventaja todas estas misas que se quitan y se ponen en el misal á gusto y capricho de los Papas. Antes de la reforma de los misales hecha en tiempo de los Papas Pio V y Clemente VIII, Santa Genoveva, patrona de París, y Carlomagno, tenían su misa. Pues bien, aquellos buenos Pontífices se la quitaron para dársela á santos recientemente hechos, y que habian favorecido las miras pontificales. Y á veces por esta causa, no habiéndose quitado de los altares las reliquias de aquellos santos á quienes se les habia privado de su misa, se cometa y se comete el extraño contrasentido de decir la misa de San Rigo-berto delante de los huesos de San Pascual Bailon. ¡Benditos sean una y mil veces esos bienaventurados católicos que todo se lo creen, que todo se lo tragan, y que comulgan ordinariamente, mas que con las hóstias de sus altares, con las famosas ruedas de molino de que hablaba el no menos famoso fray Gerundio!

VII.

Conclusion.

No queremos hablar en detalle de las misas por los difuntos, ni de las de los vivos, ni de las privadas, á que nadie asiste, ni de las públicas, á que asiste todo el mundo, ni de las cantadas, ni de las rezadas, ni de las dichas á escape, ni de las celebradas en la consagracion de iglesias y de altares, ni de las misas episcopales y papales, ni de las misas del jueves antes de Pascua, ni de la del Viernes Santo, ni de la

del sábado antes de Pascua, ni de otro catálogo interminable de misas con las que el catolicismo tiene para satisfacer todos los gustos, todas las necesidades y aun todos los caprichos.

Si Pío IX que se ha atrevido á todo, á todo, hasta á hacerse infalible como Dios, pusiera la mano sobre el misal, ¡cuánto no tendría que quitar, que corregir y que poner! Las plegarias que en otro tiempo decia el sacerdote teniendo á la vista las ofrendas y los presentes del pueblo, hoy se dicen teniendo á la vista la hostia. ¿Tiene esto sentido comun? ¿Qué tienen que ver las ofrendas, que hoy no se hacen, con la hostia consagrada? Pero el Papa no se atreverá á quitar de la misa este retazo para que no se diga que la Ungida del Señor deja de ser inmutable. ¡Buena está la inmutabilidad de la Iglesia! Inmutable para dejar sin corrección unas palabras, borradas por el tiempo y los sucesos, y mudable para hacerse el Papalo que hasta el siglo XIX á ningún Pontífice se le había ocurrido ser! ¡Cosas de clérigos!

Si este trabajo hubiera sido de tal amplitud que nos hubiera permitido examinar una por una todas las oraciones, plegarias y retazos de la misa, en cada una de ellas hubiéramos encontrado, no ya un arma de ataque contra ellas mismas, sino una condenación evidente y explícita de la misa en general. Oraciones mal avenidas unas con otras, trozos de latin mal perjeñados; absurdos de todas clases forman el texto de los misales. Un escritor protestante ha dicho con sobrada razón que, después de la Biblia, no encuentra un anatema mas grande y mas concluyente contra la misa, que la misa misma.

Habíamos pensado dedicar la tercera parte de este trabajo á tratar la misa bajo el punto de vista teológico y bíblico. Lo haremos en otra serie de artículos que procuraremos abreviar en lo posible, con el título de la *Transubstanciación*.

LAS INDULGENCIAS.

I.

Hay dogmas en la Iglesia católica que son una interpretación errónea ó un visible apartamiento de la doctrina del Salvador; hay otros que son además un ataque á la misma razón humana y á ese sentimiento de moralidad que respetan aun los pueblos que están mas lejos de la religión del Cristo. En este número se encuentra el dogma de las indulgencias.

Los siglos y la historia demuestran la senda tortuosa recorrida por el papado hasta erigirse en nuestros días en el Dios único. La absorción de todos los poderes fué el pensamiento de los Pontífices, desde el momento y hora en que la idea hizo sentir su influencia en un mundo que solo se prosternaba ante la fuerza material. La idea cristiana recibió este homenaje; y aunque los hombres encargados de propagarla la vieron extinguirse lentamente al convertir su pecho en impuro santuario de todas las pasiones, el recuerdo de esa idea que salvó la conciencia de esas gentes, cuando el vicio corroía sus cuerpos gangrenados, conservó á la naciente autoridad pontificia el respeto y el prestigio que los tiempos trasformaron en infalible poder de las conciencias y en supremo gobierno de los pueblos.

Vemos, por tanto, sin estrañeza alguna el atrevido paso de la Iglesia católica al decretar la salvación del hombre por medio de las bulas de indulgencias. Un error es origen de otro. Concedida al jefe del catolicismo la representación en la tierra del Dios-hombre, la humana soberbia tenía que conducir al rey de Roma á ese estado de ceguera

y demencia en que el sol de nuestros días le ha presentado al juicio de la historia para oprobio y vergüenza del soberbio. Pero la conciencia se revela cuando á la usurpación sacrilega del poder divino se añade el crimen de usar de ese poder por unas cuantas monedas miserables. Si los primeros Papas que decretaron la conmutación de las penas eclesiásticas por limosnas pecuniarias, no presintieron que la religión quedaba convertida en cuestión de dinero y mercancía, pudieron ver sin embargo que materializaban la religión mas de lo que estaba, que la convertían en estéril formalismo y que colocaban el reino de los cielos al alcance de aquellas gentes que mas dificultades tenían para ganarle por sus propios méritos.

Estraña asimismo la creación de este dogma por ser una de tantas contradicciones en que incurrió la Iglesia católico-romana. La que llena de soberbia pretende convencer al hombre de que sus obras pueden abrirle el reino de los cielos, la que afirma que sin el profundo arrepentimiento que Dios exige, puede sin temor servir á su justicia borrar las culpas, si estas se declaran á un confesor, indiferente acaso ante esa pena, busca un tesoro infinito de gracia, en la sangre y en los méritos de Jesucristo. Pero el papado, que no se considera en vano representante del Salvador, se constituye en árbitro de ese tesoro, que nunca se agota, y al cual añade los pretendidos méritos de los santos y la Virgen. La salvación no solo se convierte en cuestión de comercio: se llega hasta fijar el valor de la limosna que permite al pecador evitar su eterna infelicidad. Pero vengamos á la historia.

Es un hecho innegable que la idolatría y la superstición constituían el fondo de esa piedad religiosa de los siglos medios, que tanto se recuerda en nuestros tiempos. La Iglesia se cuidó poco ó nada de dirigir ese entusiasmo, que creía tanto mas justo cuanto que elevaba su autoridad y prestigio ante los pueblos que abrazaban la fé católica. Por eso Iglesia y pueblo adoran las reliquias de los santos y veneran lugares especiales, reduciendo á tan estrechos límites la religión que había servido para enseñar al mundo la adoración á Dios en espíritu y verdad.

Pero si tales cultos á los recuerdos no sufrieron contrariedad alguna en lo relativo á las reliquias, porque el fraude y la malicia se encargaron de responder á la piedad de las gentes, las peregrinaciones á lejanas tierras, impuestas muchas veces como penitencia, fueron interrumpidas por los persas en tiempo de Cosroes, luego por los árabes, últimamente por los turcos. Ya algunos padres de la Iglesia católica vituperaban aquellas expediciones como inútiles: Agustín repetía con frecuencia que «amando, no navegando, es como se llega cerca de aquel que está en todas partes.» Y antes Gerónimo, como también Gregorio de Nicea, añaden que «el camino que conduce al reino de los cielos está tan abierto desde lo interior de la Bretaña como desde Jerusalem.»

A pesar del recto sentido de algunos cristianos, el fanatismo general exaltado con el temor al castigo eterno ante los continuos crímenes de la época y la creencia unánime de que el siglo décimo estaba señalado á presenciar el fin del universo, se inclinaron á proseguir en unas penitencias, en las cuales raras veces tomaba parte el corazón. La guerra con el Oriente no fué resultado de la exaltación de un momento. El imperio griego, que temía la invasión de los turcos en todos sus dominios, alentaba al Occidente para ir en contra de los enemigos del cristianismo: los Papas, y en particular Gregorio VII, enaltecieron una empresa que elevaba su poder sobre todos los príncipes de Europa.

La guerra y las matanzas fueron entonces santificadas, y el Vicario de Cristo nada tuvo que envidiar al Vicario de Mahoma. Víctor III, que escita á los cristianos á marchar contra los árabes de Sicilia, concede de antemano—1088—la remisión de los pecados. Poco después, el Concilio de Clermont—1095—presenta al Pontífice Urbano II levantando á la Europa contra el Oriente por medio de razonamientos políticos y religiosos. Al proclamar los fa-

vores que concede á los cristianos, parécenos estar leyendo el capítulo 9.º del Korán. «Dios—asegura el Papa—derramará su gracia sobre todos los que se obliguen á la empresa; les concederá un año propicio, una cosecha abundante; la serenidad de la estación. Los que mueran entrarán en las celestes moradas, y los que sobrevivan llegarán al sepulcro del Señor. ¿Y qué mayor felicidad para el hombre que ver durante su vida los lugares donde el Señor habló el lenguaje de los hombres? ¡Oh! ¡Benditos aquellos que llamados á estas nobles fatigas alcanzarán la magnífica recompensa!...»

En estos acontecimientos encuentran algunos escritores el origen histórico de las indulgencias; y los católicos, que están prontos á encubrir con cierto tinte religioso todo lo que pueda engendrar un átomo de duda en la conciencia de los pueblos, vienen á hallar lo mismo en los breves y bulas de Roma. En la llamada de la Santa Cruzada, concedida á los fieles españoles, que dieron la limosna de tres reales, se lee acerca de esto lo siguiente: «Hace ya mucho tiempo, cuando los pueblos infieles molestaban con cruel guerra á los príncipes y naciones católicas, y aun á la misma Italia, y con sus armas ponían en graves peligros las diversas regiones de Europa, con riesgo de la fé y de las almas, nuestros católicos reyes obtuvieron letras apostólicas de la Santa Sede, por las cuales se concedían muchas gracias espirituales y temporales durante algunos años á los que partiesen de los dominios de España para pelear contra los infieles, ó acudiesen con particular auxilio, contribuyendo con alguna cantidad para los gastos á semejantes fines necesarios.»

Prescindiendo nosotros en este momento de si los Pontífices obraron cristianamente al publicar como los califas árabes el *algied* ó guerra santa y de si pudieron ó no prometer lo que no se hallaba en sus manos, nos limitaremos á apuntar algunos hechos que prueban que las tales indulgencias ni tuvieron el cristiano origen que se las atribuye, ni se consagraron siempre á objetos piadosos.

La potestad de juzgar fué adquirida por la Iglesia con la de variar las penas. Carlomagno, que se constituyó en ejecutor de las sentencias de los Papas, ordena confiscar los bienes á los penitentes que no cumplieran su castigo. Este hecho hace ya presentir los decretos de los Pontífices redimiendo á los pecadores por su dinero. El conde Bonifacio, padre de Matilde, la admiradora de Gregorio VII, acudía todos los años al monasterio de Pomposa donde el abad y sus monjes le lavaban de sus pecados, como dice un cronista, mediante cuantiosísimos regalos. Otro noble, Hilderado de Comazo, condenado por el Pontífice á visitar tres años seguidos y con los pies descalzos los Santos Lugares, obtuvo al fin la conmutación de esa pena por la construcción de un monasterio, al cual tuvo que consagrar la décima parte de sus bienes. Y cuando el Papa Gregorio VII encuentra en Enrique IV de Franconia una oposición sin tregua á sus proyectos de dominación universal, concede al rebelde Rodolfo, duque de Suavia, aliado suyo, el perdón de los pecados y á todos aquellos que siguieran su partido. Así, pues, si durante las Cruzadas obraron los Papas en este asunto mas por exaltación que por codicia, el mal precedente no dejaba por eso de hallarse establecido. En sus luchas con el imperio la suerte de la Tierra Santa fué pospuesta á la ambición y á la venganza: las indulgencias fueron el nombre bajo el cual se recogían numerosas contribuciones, ó se alcanzaba la amistad de algun monarca poderoso. Una prueba de este aserto son las innumerables gracias concedidas á Luis IX de Francia. En 1243 una bula de Inocencio IV le autorizaba para elegir un confesor, al cual se le daba poder para absolverle de todo. En 1254 otra bula le concedía 100 días de indulgencia por oír un sermón. En 1261 se le otorgaba otra de un año y 40 días de perdón cada vez que asistiera á la consagración de una iglesia. De aquí á distribuirlos profusamente por rezar un Padre nuestro ante una grosera estampa (fomentando la superstición é idolatría), ó publicarlos á la puerta de las tabernas, como en el siglo XVI, no distaba un paso.

No es extraño que todos los reformadores hayan encontrado en las indulgencias una piedra de escándalo. Sin embargo, la Iglesia católica ha sido lógica en sus errores. Usurpó á Dios el poder de absolver y condenar, y se vió obligada á imponer la penitencia como satisfaccion de la culpa. Cambió la pena por servicios á la Iglesia y dió origen á las indulgencias. Su ambicion y codicia la empujaron mas allá: y el Papa estendió á los muertos el dominio que habia fundado sobre los vivos. Si en las Cruzadas aparecen las indulgencias con un carácter determinado, ya existieron en principio desde el instante en que la ambicion manchó la conciencia de los Papas.

DISCUSIONES AMISTOSAS CON UN CATÓLICO.

(Continuacion)

Cárlos. Me has dicho, mi querido Pedro, que la hora por mí escogida para renunciar á Roma y abrazar el protestantismo, no es la mas apropiada ni la mejor, porque las instituciones protestantes sienten ya el frío de la muerte.

Pedro. Lo he dicho, y reitero mi propósito.

Cárlos. ¿Pero nada dicen á vosotros, católicos, las lecciones de la historia? ¿Nada te dicen, Pedro, los acontecimientos de que eres testigo? ¿Tan sometido estás á Roma que no te atreves á examinar y á juzgar por tí mismo? Tú has estudiado la historia; la conoces, y sin embargo, cuando ella dice blanco, dices negro porque tu confesor te lo ordena. Veamos, voy á esponer á grandes rasgos la historia del protestantismo y del catolicismo desde el siglo XVI, y si adviertes que desfiguro los hechos, repréndeme, que dispuesto estoy á tener en cuenta tus observaciones; pero en cambio te suplico que si digo verdad no rechaces la verdad, que no hay crimen mayor en el mundo que el de oponerse á ella aun cuando sea por obedecer al Obispo de Roma.

Pedro. Haces bien en dar principio á tu relato con el siglo XVI, porque difícil sería hacer la historia del protestantismo antes de esa época.

Cárlos. Dejemos ese punto para mas tarde ó para otro día. No creas que me será difícil probarte que la religion que profesamos es mas antigua que la tuya; pero ahora ocupémonos de reseñar la suerte de ambas religiones desde el día en que Lutero levantó su voz poderosa para anatematizar los escándalos y corrupcion de la corte pontificia.

Todos vosotros confesais que Roma recibió un golpe mortal con la predicacion de los Reformadores. Es verdad que atribuis el hecho á la rapidez del ataque, al letargo en que yacia la Iglesia, á la escasez de sabios teólogos que refutaran cumplidamente las doctrinas emitidas por Lutero y sus amigos, y no sé á cuantas causas mas. Por mi parte creo que Roma salió lastimada porque la Palabra de Dios, arma que contra ella esgrimian nuestros Reformadores, era de mejor temple que las empleadas por vuestros teólogos ignorantes. Mas esto no hace al caso por ahora; lo cierto es que Roma se resintió de la herida y que la mitad de Europa le volvió las espaldas. ¿Es verdad cuanto te digo?

Pedro. Si hacemos abstraccion de la causa, te concedo que la Iglesia fué sorprendida con tan pérfido como cruel ataque.

Cárlos. Bien. ¿Cómo se repuso Roma de su derrota? ¿De qué argumento se valió para poner término á la disidencia? ¿De razones? No, sus defensores no supieron hacer mas que insultar y calumniar á Lutero y Calvino, en vez de combatir sus doctrinas. Roma se valió de la fuerza, y para rehacerse, apeló al valor de nuestros valientes soldados, los cuales, por complacer los caprichos de un rey tan déspota, tan fanático é inmoral como Felipe II, fueron á espirar sobre todos los campos de batalla de Europa. En Francia los católicos organizaron la sangrienta jornada de San Bartolomé que costó la vida á millares de protestantes; miserable asesina-

to que anatematizarán todas las almas rectas por mas que en Roma se cantara un solemne *Te-Deum* para santificarla. Y como si esto no bastara, mas tarde solicitaron el apoyo de Luis XIV, rey tan inmoral é irreligioso como Felipe II; rey que por satisfacer á una mujer fanática ordenó aquellas persecuciones sin nombre que tantas lágrimas costaron á la Francia. Los protestantes murieron en los patibulos, en los desiertos, en los presidios; los protestantes fueron cazados como se caza á las bestias feroces; mas de un millon abandonaron el suelo que les vió nacer y fueron á ofrecer á naciones extranjeras la honradez y las virtudes que su ingrata patria rechazaba.

¿Cuáles fueron las consecuencias de esas crueles persecuciones? El poderío de Roma y la ruina de dos naciones florecientes. Luis XIV, antes de morir, vió á sus propios lacayos que pedian limosna en las puertas de su palacio de Versailles; y España, la primera de las naciones, se encontró sin soldados, sin buques, sin generales, sin dinero, sin habitantes, sin bosques, sin comercio, sin industria, sin agricultura, sin nada; de vez en cuando celebraba un auto de fé para probar al mundo que aun existia y que seguia siendo católica, apostólica y romana.

Vé, por el contrario, á las naciones que abrazaron la Reforma. Inglaterra, nacion de tercer orden en el siglo XVI, comenzó á recorrer á pasos de gigante el camino que debia conducirla á la prosperidad; y Holanda, la pequeña Holanda, patria arrancada á la arena movediza del Occéano, despues de una lucha gigantesca de 80 años, consiguió avasallar por completo los mares y fundar un comercio que todas las naciones le envidiaban. Nada te digo de Suiza, escuela práctica de todas las libertades, ni de Alemania, en donde se ha, por decirlo asi, concentrado todo el saber de los tiempos modernos.

La sangrienta ironía de Voltaire fué fatal á Roma; pero de nuevo se repuso, gracias á la reaccion que se operó en el primer cuarto de nuestro siglo en Francia, España, Alemania é Italia. Pero observa como las distancias van estrechándose. Roma no vuelve á disfrutar de su omnimodo poder por un espacio considerable de tiempo. Las convulsiones políticas del 48 la conmovieron; triunfó momentáneamente con el absolutismo que era y es su apoyo; Italia fué despedazada y repartida entre un puñado de reyezuelos, y Pio IX, asustado de sus veleidades liberales, pudo lanzarse en la via de la reaccion, que menester es confesarlo, ha recorrido con mas rapidez que la que hubiera podido desear el mas fanático jesuita. Mas no importa. Ha sonado la última hora del poder de los Papas, y nadie podrá ya sostenerlos en su caida.

El trono de Nápoles se desplomó al empuje de unos cuantos valientes, y la unidad de Italia entró en vías de ser un hecho, no há mucho realizado por completo.

Austria y Prusia, representantes la primera del catolicismo, y del protestantismo la segunda, midieron sus armas en los campos de Sadowa. La protectora de Roma quedó sepultada bajo sus propios escombros. El triunfo de Prusia fué el triunfo del protestantismo, y no lo digo yo, lo ha dicho el Padre Jacinto, cuando aun era católico romano, cuando aun le presentábais como el primer orador religioso del mundo, como el mas bello florón de la corona de vuestro Pontífice. Ahora que se ha separado de vosotros, procurais agobiarle bajo el peso de vuestros anatemas y desprecios, como si vuestro fatal destino fuera no tributar justicia al mérito si se produce fuera del estrecho círculo de vuestra Iglesia.

En España se ha hundido para siempre la dinastía que protegía al Papa á trueque de unas cuantas bendiciones que este le enviaba para que siguiera su vida de desórdenes; y Napoleon, otro amigo de Pio IX, ha salido de Francia espantado, mas que por los desastres de sus armas, por las maldiciones de su pueblo. ¿Has parado mientes en las peripecias que ha ofrecido esta guerra sin igual en los fastos de la historia? Francia, la simpática

Francia; Francia, que amo á pesar de todos sus extravíos; Francia, que ha dado al mundo las libertades que el mundo disfruta; Francia, que ha llevado sus armas victoriosas desde las heladas llanuras de Rusia hasta las tostadas arenas del Egipto, Francia ha sido vencida como no lo fué nunca ningún pueblo.

Tus amigos los católicos franceses quisieron dar á esta guerra un carácter religioso; dijeron y escribieron en todos los tonos que era menester destruir á la Prusia; derramaron á manos llenas el insulto sobre los pobres protestantes franceses que hoy lloran mas que nadie las desgracias de su infortunada patria; dijeron que eran espías de los alemanes, y qué se yo cuantas infamias mas. Tú sabes cuál ha sido el resultado de esta lucha cruel. Y como si la humillacion no fuera bastante, mírala hoy, esa nacion católica, presa de la anarquía, cometiendo escesos en su capital cuando el enemigo está todavia á sus puertas, incapaz de disfrutar de la libertad que en la actualidad posee, porque el romanismo la ha roído las entrañas, porque esa tan decantada religion tuya solo sabe hacer ateos ó supersticiosos, pero no forma hombres capaces de constituirse bajo la forma republicana.

Querer que un país dominado por el clero de Roma sea republicano, es buscar la cuadratura del círculo, el movimiento continuo ó la luz perpétua; es decir, lo imposible.

¿El protestantismo, dices, siente ya el frío de la muerte? Y sostienes esta ridicula afirmacion cuando el himno de Lutero se ha cantado en Versailles, escucha bien, en Versailles, en donde tantas órdenes de proscripcion se firmaron contra los protestantes; cuando estos están en vías de separarse del Estado porque se sienten con bastante vida para no tener necesidad del apoyo oficial; cuando la Sociedad bíblica de Londres gasta 20.000.000 anuales en la impresion y difusion de las Santas Escrituras; cuando una sola sociedad fundada para publicar folletos religiosos imprime mas, muchos mas que todas las asociaciones de católicos reunidas; cuando las misiones protestantes entre los paganos han tomado tales proporciones, que segun confesion de vuestros periódicos, en Francia los cristianos evangélicos gastan en ellas cinco veces mas que todos los católicos romanos del mundo juntos; cuando la isla de Madagascar en masa renuncia al culto de los falsos ídolos y escucha las doctrinas contenidas en la Biblia; cuando el imperio de Birman sacude su letargo para venir á Cristo; cuando sus enviados predicán en la misma Roma, y cuando por último, en dos años y medio de libertad religiosa que España disfruta, se predica ya el Evangelio en Madrid en siete lugares diferentes, y en Sevilla, Málaga, Granada, Constantina, Cádiz, Jerez, Huelva, Cartajena, Barcelona, Zaragoza, Camuñas, La Seca, Valladolid, y muy pronto, Dios mediante, no habrá ciudad en la Península, no habrá pueblo ni aldea á donde no lleguen los mensajeros de buena nueva, anunciando á los hombres que tienen que renunciar á su vana religion llena de fórmulas y prácticas inútiles para adorar al Padre en espíritu y verdad, porque Dios quiere que así se le adore. Estos son los hechos, Pedro, y si tu conciencia deja llegar hasta tí sus severos pero nobles acentos, obligado estás á decirme que el cuadro que tan torpe y ligeramente he bosquejado, es la fiel expresion de la verdad. Vamos, habla. ¿Qué tienes que contestar á mis palabras?

(Se continuará.)

REFUTACION DEL CATECISMO para uso del pueblo, acerca del protestantismo, por el cardenal G. Cuesta, arzobispo de Santiago.

(Conclusion.)

«La comision de las indulgencias, dice Mr. Villers, ya citado, se habia hecho desde mucho tiempo hacia tan odiosa y miserable, que nadie, y mucho

menos Lutero que otro alguno, podía envidiarla á los Dominicos que apenas ya casi la deseaban para ellos mismos.» (pág. 65, obra citada.) Esta fábula se refuta á sí misma, por el hecho de que el tráfico vergonzoso de las indulgencias había sido primeramente ofrecido á los Franciscanos, orden mejor que la de los Dominicos, y los Franciscanos no quisieron aceptarla. (Walch, I, c. p. 371.) ¿Cómo pudiera creerse que el Agustino, la mejor y mas piadosa de las órdenes, tuviera envidia y deseo de tan inícuo tráfico? Ved el cardenal Pallavicini que corta para siempre esta cuestión, diciendo que jamás los Agustinos han llevado una carga semejante. (Pallavicini, pág. 14.) En fin, por poco que se haya examinado esta cuestión, lo cierto es que no ha sido inventada hasta después de la muerte de Lutero y por algunos de sus mas obstinados enemigos. Si toda esa historia hubiera sido verdad, ¿por qué razón los mas hábiles adversarios de Lutero, que durante su vida no cesaron de discutir con él, atacándole bajo todos conceptos; por qué el Papa que le excomulgó, y tantos otros que le maldicen, por qué, repito, alguno de todos estos enemigos no le afean jamás esta envidia, esta alma venal de que se le acusa malamente hoy día? ¿Y cómo pudiera admitirse que por solo una querrela de monjes Lutero hubiera querido atraer sobre sí todas las excomuniones de Roma, el odio eterno del clero y la cólera del poderoso emperador Carlos V?

Calvino en Francia, Zwinglio en Suiza, Knox, Bilney y Latimer en Escocia é Inglaterra continuaron la protesta y la obra de Lutero.

La necesidad de reforma era tan grande, se hallaba, por decirlo así, tan inculcada en la masa de los pueblos por los horribles abusos del clero, que mas de setenta millones de almas se convirtieron á la verdadera fé, rompiendo para siempre el lazo que los unia con la abominable é impía corte romana.

Desde entonces el Evangelio volvió á reinar con la pureza de los primitivos tiempos en Europa, y como entonces tambien, millares de mártires sellaron con su sangre la doctrina del Crucificado.

Por lo que respecta á Enrique VIII, que presentais tambien en vuestro cuadro, Emmo. Sr., como uno de los principales reformadores, debo decir que malamente le llamais reformador de Inglaterra, porque no lo es. Demasiado corrompido y degradado, habiendo hecho perecer millares de cristianos evangélicos, pretendia hacer reinar el Evangelio en el corazón de sus súbditos al mismo tiempo que todos los errores romanos. La Reforma se introdujo en sus Estados, antes que él, sin él y á pesar suyo.

Porque si bien mas tarde, y por despecho contra Roma, que engañó á este rey con la esperanza de una permission de divorcio tal cual los Papas la concedieron alguna vez á otros, Enrique VIII, viéndose desairado por el Pontífice, rompió con la Iglesia romana y se declaró á sí mismo *protector* de las Iglesias de su reino, no por eso dejó de hacer perecer en las hogueras á innumerables personas piadosas que rechazaban la doctrina romana para no admitir en lo espiritual mas que la Sagrada Escritura.

De esta gran Reforma del siglo XVI proviene el nombre de *Reformados* ó *Hugonotes* (es decir, separados ó confederados) que se ha dado á los protestantes. Por irrisión y desprecio los presbíteros les llamaban tambien luteranos y calvinistas por seguir y creer el Evangelio que en Alemania y Francia habian esparcido Lutero y Calvino. Mas nuestro verdadero nombre es el de *cristianos evangélicos* ó *católicos apostólicos, no romanos*.

Si aceptamos muchas veces el de *protestantes* es: 1.º, porque en realidad protestamos contra todos los abusos, y 2.º, para distinguirnos de los partidarios de Roma.

Por lo que á mí respecta, Emmo. Sr., mi fé, mis creencias, mi credo religioso, son todas las verdades contenidas en la Sagrada Escritura, la cual admito como única regla de fé infalible, y por lo tanto protesto contra toda tradicion y precepto humano en materia de fé.

No pertenezco á Lutero, ni á Calvino, ni á Pio IX:

pertenezco á Jesucristo, mi único Maestro, Redentor, Juez, Salvador, Abogado y Señor.

Por lo tanto, soy y seré hasta la última hora de mi vida, mediante la gracia de Dios, cristiano católico y apostólico, por cuya fé daré gustoso hasta la última gota de mi sangre.

Mi única ambicion, es consagrar toda mi vida á la defensa de tan sagrada causa, anunciando á mis compatriotas la luz del Evangelio, hasta lograr ver fundada una Iglesia nacional española, independiente, católica, apostólica, cristiana, segun el modelo que nos presentan las primitivas Iglesias apostólicas.

Si odiedeciendo á vuestro único señor y jefe el Pontífice romano quereis lanzarme vuestro anatema, sea en buen hora, que mi conciencia, con la tranquilidad imperturbable del verdadero cristiano, sabe que vuestras maldiciones no llegan al cielo, ó si llegan serán convertidas en bendiciones por Jesucristo, por cuyo nombre todo el que es aborrecido y maldito obtiene su bendicion.

Sé que sois un hombre pecador como todos los hombres, de la misma masa de Adam, y reo como él de condenacion eterna, y por lo tanto vuestros rayos para mí serán como la voz de la chicharra; que no puede turbar ni por un momento al pacífico caminante.

La Iglesia arrebató al pueblo las Sagradas Escrituras, condenando su lectura, porque ellas son el testimonio mas irrefutable contra sus errores y extravíos.

La Reforma devolvió al pueblo el único y verdadero Código divino que debe leer, y con él le hizo conocer el abismo en que Roma le hundia, sus deberes y derechos, su salvacion y su libertad.

Tal es el bello y noble origen del nombre *protestante*, bien diferente por cierto del que el clero pretende darle.

Creo haber refutado clara é irrefragablemente, Emmo. Sr., todos los errores en que habeis incurrido en el primer capítulo ú origen del protestantismo de vuestro «Catecismo para uso del pueblo,» en la confianza tal vez de que ninguno saldria á la palestra á contestaros.

Por esta vez, os habeis engañado completamente. Como cristiano evangélico, como sacerdote, como teólogo, me creo en el deber de recoger el guante, y por lo tanto os desafio, Emmo. Sr., á la discusion de nuestras respectivas causas, con la mesura y dignidad y *decoro* que os debeis á vos mismo, á vuestra representacion en la Iglesia romana, y á la que se merece todo un pueblo digno, leal y honrado, sin bajas, indignas y rastreras personalidades, que siempre son lodo que mancha la frente del que las arroja; sino solamente en el terreno elevado de las doctrinas, de la filosofía, de la razon y de la fé.

Todo el odio, toda la venganza, toda la animosidad que contra mi humilde persona pudiérais tener, Dios sabe que no miento, os lo perdono desde lo mas profundo de mi corazón, en el que para vos solo existe caridad, amor y compasion.

Debo pedir á Dios hasta por mis mas implacables enemigos, y yo les abro de par en par mi corazón y mis entrañas de cristiano.

Que la paz sea con vos, Emmo. Sr.: quedo rogando al cielo os conceda todas sus bendiciones, y que la gracia y el amor de Nuestro Señor Jesucristo con su infinita misericordia, convierta vuestro corazón á la sagrada y divina causa de la verdad.

Soy con la mas respetuosa consideracion vuestro afectísimo,

FÉLIX MORENO ASTRAIZ.

PENSAMIENTOS.

Los pueblos son siempre tardíos en desengañarse; cuando tienen la desgracia de asirse á un ídolo, no pueden tan fácilmente desprenderse de él.

La sociedad, lo mismo que la naturaleza, tendiendo á su grande objeto, sigue constantemente el curso de su interés, y no favorece por el momento

sino los conocimientos de que tiene necesidad inmediata y urgente.

Lo propio que le sucede á la tierra cuando deja de ser trabajada por el hombre, le acontece al hombre mismo cuando huye de la sociedad para buscar el aislamiento; crecen las espinas en su corazón desierto.

El deseo de la gloria no es sino el sentimiento de la vida que trata de rechazar á la muerte; el instinto de una alma grande que presiente la inmortalidad.

JAIME MARTÍ MIQUEL.

EL INVÁLIDO.

Sentado estaba un soldado
A la puerta de una iglesia,
Demandando la limosna
Que la patria cruel le niega.
En el campo de batalla
Dejóse el triste una pierna,
Y el hambre terrible, ha sido
El premio de aquella pérdida;
Pero él canta este estribillo
Al compás de su vihuela:
«No sabe curar la paz
Los males que hace la guerra.»

Del templo sale una madre
Y al buen soldado se acerca,
Que ella tambien tiene un hijo
É ignora dónde se encuentra.
—¿Soldado?

—Señora, ¿qué?
—¿Cómo estais en esta puerta?
¿Aquí no hay asilos para
Las víctimas de la guerra?
¿No hay hospitales, ni Inválidos,
Ni caridad, ni conciencia?
—Señora, aquí hay todo eso;
El alcanzarlo es la empresa.
Inválidos hay aquí,
Lo que no hay son influencias.
—Yo os las buscaré si puedo.
—Dios os dé la recompensa.

Y el soldado cantó luego,
Meneando la cabeza:
«No sabe curar la paz,
Los males que hace la guerra.»

—¿Soldado!
—¿Mi capitán!
—El veros ahí dá vergüenza.
—¿Y qué quereis que lo haga
Si de mí nadie se acuerda!
—Idos á vuestro país.
—¿Y en mi país quién me alberga?
—¿No teneis padre ni madre?
—No tengo á nadie en mi tierra.
—¿Y aquí?
—Aquí, ¡Válgame Dios!
¿Quién quereis que me proteja,
Desvalido y miserable,
É inútil, sin una pierna?
Tengo este uniforme viejo;
Al concluirse será ella.
—Dios os abrirá camino,
—¡Ay de mí si me le cierra!

Y él quedóse recitando
Con triste acento su letra:
«No sabe curar la paz
Los males que hace la guerra.»

ANDRÉS SANCHEZ DEL REAL.

MEDITACION.

«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.» (Proverbios, iv, 23.)

En el organismo admirable de nuestro cuerpo existe un centro de donde parte, de donde se escapa, de donde procede el manantial de la vida, el corazón: el corazón, de donde sale la sangre que vivifica todo nuestro cuerpo, y á donde vuelven por mil conductos delicados todas las olas de la existencia que de él brotaron: el corazón, que mide con sus movimientos la marcha normal de la vida, y sus escesos y sus debilidades. ¿Palpita con regularidad según las leyes de la naturaleza física? Pues todo vá bien. ¿Levanta el pecho con sus palpitaciones desordenadas, irregulares, contra naturaleza? Pues todo vá mal: la existencia está amenazada por la enfermedad que se presenta.

Herid al hombre en donde queráis; mutilad su cuerpo; ¿palpita el corazón todavía? pues nada se ha perdido aun, todo puede esperarse. Pero herid al hombre en el corazón, y que este deje de latir; todo ha terminado con sus latidos, porque del corazón mana la vida.

Existe también en nuestro organismo espiritual un centro de donde brota, de donde mana la vida, el corazón: el corazón, que en todas direcciones envía ondas de ideas, de amor, de actividad que fecunda la existencia entera; el corazón, á donde vuelven por mil conductos misteriosos todos los elementos del mundo espiritual.

¿Le sentís que late de amor por Dios, por Cristo, por el cielo, por el deber, por la verdad, por las grandes y sublimes cosas para las cuales hemos sido criados, según las leyes normales de nuestro destino? Pues todo vá bien: esa es la paz, la alegría, la salud del alma. ¿Envía, por el contrario, ondas de egoísmo y de corrupción, sangre viciada y de mala especie? Esa es la enfermedad, la muerte, la perdición. Tal corazón, tal hombre. El corazón malo, y todo está perdido: el corazón regenerado, y todo se ha salvado.

Hé aquí por qué el Evangelio se dirige al corazón, pide al hombre su corazón y le suplica que lo entregue al Santo Espíritu para que lo regenere, porque sabe que con la regeneración del corazón el hombre se salvará. Hé aquí por qué el Dios de Cristo que nos llama, nos busca y nos quiere con todo nuestro pensamiento, con todas nuestras afecciones, obras y propósitos, nos dirige esta sencillísima exhortación: «Dame, hijo mío, tu corazón,» no solo tu inteligencia, no solo tu actividad, porque con esto solo no te poseería por entero; sino tu corazón, porque tu corazón eres tú; porque tu corazón es en realidad tu propia vida.

«Del corazón mana la vida.»

TEXTOS

PARA LOS DIAS DEL 1.º AL 14 DE MAYO.

Lunes 1.º 1.ª Cor., ix, 24. Corred de tal manera que obtengáis el premio.

Martes 2. Hebreos, xii, 14.—Buscad la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

Miércoles 3. 1.ª Juan, v, 4.—Todo aquello que es nacido de Dios vence al mundo: y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fé.

Jueves 4. Juan, xvi, 31. ¿Ahora creereis?

Viernes 5. Hebreos, xii, 3.—Reducid, pues, muchas veces á vuestro pensamiento á aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo.

Sábado 6. 1.ª Cor., v, 11.—Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.

Domingo 7. Apocalipsis, iii, 20.—Si alguno oyere mi voz, y abriere la puerta, entraré á él.

Lunes 8. 1.ª Juan, iii, 8.—Por esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.

Martes 9. Mateo, xiv, 27.—Confad: yo soy; no tengáis miedo.

Miércoles 10. Mateo, xi, 25.—Te alabo, Padre Señor del cielo y de la tierra, que hayas escondido estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las hayas revelado á los niños.

Jueves 11. Gálatas, ii, 20. Con Cristo estoy juntamente crucificado y vivo; no ya yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vino en la fé del Hijo de Dios, el cual me amó, y se entregó á sí mismo por mí.

Viernes 12. 1.ª Juan, v, 12.—El que tiene al Hijo, tiene la vida.

Sábado 13. 2.ª Tesalonicenses, v, 6, 8.—Por tanto no durmamos como los demás, antes velemos y seamos sóbrios, vestidos de cota de fé, y de caridad, y la esperanza de salud por yelmo.

Domingo 14. Lucas, xi, 28.—Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

LA SIMPATIA.

«Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran.» (Epístola á los Romanos, capítulo xii, ver. 15.)

Una pobre viuda, madre de dos niñas tan bonitas como sencillas y cristianas, tenía la buena costumbre de preguntarles todas las noches antes de que se acostaran lo que habían hecho de bueno durante el día. Una noche la mayor de las dos niñas titubeó antes de responder á la pregunta de su madre y, por último, dijo: «Pues no lo sé, mamá.» Sorprendida de verla que titubeaba, la buena viuda quiso conocer la causa de aquel misterio, y al fin consiguió que su hija le hiciese el relato siguiente:

«Al llegar al colegio esta mañana me encontré con que Anita J., que tú conoces, estaba llorando á lágrima viva. Hacia ya algun tiempo que faltaba á las clases. Como la ví tan triste, le pregunté lo que tenía, y en vez de contestarme se puso á llorar con mas fuerza todavía. Yo apoyé mi frente sobre su cuello y lloré con ella. Poco á poco fueron disminuyendo sus sollozos y pudo contarme como su hermanito, que ella quería tanto, había caído enfermo, y como cada día se había puesto mas pálido, mas pálido y mas delgado, hasta que por último había muerto y se lo habían llevado para siempre.

«Esto fué lo que me dijo, mamá, y luego ocultó su cara entre las páginas de su libro y lloraba tanto que creí que iba á romperse su corazón. Yo oculté mi cara en la otra página del libro y lloré tanto como ella. Despues ella se serenó, rodeó mi cuello con sus brazos y me besó, diciéndome que yo le había hecho mucho bien.

«No sé como he podido hacerle bien, porque no he hecho mas que llorar con ella. No sé, no sé como he podido hacerle bien.»

—Hija mia,—contestó la madre,—la simpatía es un bien cuya práctica nos recomienda San Pablo en la Epístola á los Romanos que mas de una vez has leído, cuando dice: «Llorad con los que lloran.»

ANTONIO PEREZ.

(Continuacion.)

¿Cabe en cabeza humana que semejantes declaraciones fuesen motivo bastante para denunciar á la Inquisición como reo de herejía, al antiguo valido de Felipe II? Sin embargo, así se estimó conveniente por las personas que tenían interés en perderle. El regente Jimenez conferenciaba diariamente sobre todo lo que atañía á este asunto, con el mar-

qués de Almenara; este con el conde de Chinchon; el conde de Chinchon con el rey, y los cuatro no tenían otro objeto que acabar con la paciencia, la libertad, y la vida si fuera posible, del infeliz reo.

Lo cierto es que se habían acabado los medios mas ó menos lícitos de retener al preso. La delación al Santo Oficio no tenía, como puede comprenderse, otro objeto que incoar de nuevo una causa ya fenecida; los delitos denunciados eran de poca monta, pero se confiaba en que el terrible Tribunal haría una de las suyas con Antonio Perez, como las había hecho con otros con menos motivo y justicia todavía. Molina de Medrano empezó á hacer en el Tribunal de Zaragoza por sí solo nueva información de testigos, la cual remitió á Madrid con dictámen. Diego de Bustamante, su criado, y Juan de Basante, catedrático de humanidades, el cual hacia á Perez frecuentes visitas en la cárcel, dijeron proposiciones que aunque nada significaban, bastaba para que la crueldad inquisitorial hallase en ellas pruebas del supuesto delito que se perseguía.

Recibida la información en Madrid, el inquisidor general D. Gaspar de Quiroga la entregó para que diese calificación sobre las fingidas proporciones heréticas, al confesor del rey fray Diego de Chaves, aquel digno y celosísimo barón que había calificado de hereje al eminente y virtuoso Carranza, y que con engaños y traidores halagos había sabido sacar de poder de la mujer de Antonio Perez cartas que comprometían á la sacra, católica y cesárea magestad de Felipe II.

El confesor del rey halló en la información cuatro proposiciones heréticas de Antonio Perez, y una del italiano Francisco Mayorin. Este jugando una vez, había exclamado: «Potesta de Dio,» lo cual según Diego de Chaves, en lengua italiana equivalía á jurar por el poder de Dios; y otra vez había dicho: «Potesta de Madona,» lo cual equivalía á jurar por María Santísima: estos dos dichos se calificaron de blasfemias heréticas, y fueron motivo bastante para decretar y ejecutar la prision de aquel en el Santo Oficio.

Las cuatro herejías atribuidas al antiguo ministro de Felipe II, eran estas: 1.ª Diciendo á Perez una persona que no hablase mal del hijo natural de Carlos V, D. Juan de Austria, contestó aquel: «Bueno es que despues de haberme puesto demanda el rey de que yo descifraba falsamente y revelaba secretos, repare yo en honra de nadie para mostrar mi descargo; si Dios Padre se atravesara en medio, le quitara yo las narices á trueque de hacer ver cuán ruin caballero ha sido el rey conmigo.» El confesor del Rey hizo la calificación siguiente: «Esta proposición es blasfema, escandalosa, ofensiva de piadosos oídos, y sospechosa de la herejía de los vadianos que suponían cuerpo en Dios Padre.» 2.ª Viendo Perez lo mal que caminaban sus asuntos, dijo una vez todo encolerizado: «Muy al cabo traigo la fé, parece que Dios se duerme cuando se trata de mis asuntos; si Dios no hace un milagro en ellos, estoy espuesto á perder la fé que aun tengo.» La calificación fué esta: «Esta proposición es escandalosa, ofensiva de oídos piadosos y sospechosa de herejía, porque supone que Dios puede dormir, lo cual dimana de la anterior en que se supone que Dios Padre tiene cuerpo.» 3.ª Una vez que Antonio Perez se hallaba muy afligido por haber recibido cartas de su mujer é hijos en que le comunicaban los dolores y sufrimientos que les hacían pasar sus verdugos, prorumpió angustiado: «Qué es esto; Dios duerme, Dios duerme, ó debe ser burla todo lo que nos dicen de que hay Dios; debe ser falso que hay Dios.» Calificación de Chaves: «La primera parte es sospechosa de la herejía que niega haber en Dios providencia y cuidado de las cosas del mundo; la segunda y la tercera son heréticas.» 4.ª Lleno Antonio Perez de cólera al ver cómo se le perseguía, y que la persecución era atizada por personas que le debían mucho, y que en el mundo pasaban por gentes cristianas y de buena conciencia, dijo: «Reniego de la leche que mamé. ¿Es esto ser católicos? Descreería de Dios si eso fuera.» La calificación fué esta: «La primera parte es escandalosa, la segunda blasfema y ofensiva de oídos piadosos, y si se une con las otras es sospe-

chosa de herejía, de creer que sea cosa de burla la existencia de Dios »

Cualquiera que no hubiera sido inquisidor ni confesor del rey, ni católico intolerante y fanático, hubiera visto en aquellas frases salidas en distintas ocasiones de los labios de Perez, que eran efecto del dolor, del padecimiento y de la cólera que estos mismos sufrimientos despertaban en él. ¡Allá en el fondo de su conciencia, se hubieran atrevido los mismos que le acusaban á asegurar que no creía en Dios ni en su providencia, ni en el alma, ni en la espiritualidad de esta? Deseguro que no. Pero el rey quería perderle, y había que agrandar al rey aunque se desagradase á su propia conciencia. El catolicismo ha sido siempre muy complaciente con las potestades de la tierra, tanto, que no ha vacilado en vender á Dios y si la verdad, como en la presente, en muchas ocasiones de la historia.

(Se continuará.)

BIOGRAFÍA.

(Continuación.)

CONVERSION DE UNA CATÓLICA CONTADA POR ELLA MISMA.

«Examinadlo todo; retened lo bueno.» (2.ª Epístola del apóstol San Pablo á los Tesalonicenses, cap. v, 21.)

Todos los años teníamos una semana de retiro, en la que religiosas y pensionistas vivían en la presencia de Dios, haciendo un exámen general de conciencia como para presentarse ante el soberano juez de vivos y muertos. A este exámen seguíanse algunas meditaciones sobre el arrepentimiento, la muerte, el juicio final, el infierno, el purgatorio y la vida eterna. Transformábase nuestro jardín entonces en una verdadera tebaida, saliendo de allí al cabo de ocho días con nuestro espíritu bastante quebrantado, pues solo se pensaba en una mortificación continua en satisfacción de todas nuestras culpas. Pero por mucho que fuese el valor de aquel retiro, no igualaba, sin embargo, á los méritos que era preciso hacer para alcanzar la salvación, á la observancia exacta del culto de María; é insisto en esto, para que se sepa bien que, si Dios se nos presentaba alguna vez como el alfa y omega de la vida, la Virgen llenaba todo el hueco de ese fin y ese principio.

Yo sé bien que en la Iglesia romana hay diferencia grande entre lo que se llama culto de «Latria», que no se rinde sino á Dios; el culto de «Hiperdulia», que se tributa á la Virgen, y el de «Dulia», que se dirige á los santos: tambien se dice que es un gran pecado rendir á las criaturas el culto de «Latria» que es propio del Creador; pero ese culto de «Latria», frío y severo, no se acerca tanto á los sentidos como los otros; y si no, ¡ved ese mes de María que es el de las flores y el de las impresiones mas dulces! ¿Cómo no sujetar de esta manera la ardiente imaginación de la juventud, ni cómo razonar tampoco cuando se siguen las inspiraciones de esos guías infalibles que creemos enviados por Dios para enseñarnos el camino del cielo, y que tienen una fé implícita? Aquí se hace una falsa aplicación de aquella fé, de la que se dijo, «por ella los santos alcanzarán lo que han creído sin haberlo visto;» por que, ¿qué es lo que habían creído? La palabra de Dios. Luego partiendo de ese principio verdadero, justo y santo, que presta á la voz del Eterno la autoridad y la paz regeneradora que le pertenecen, la Iglesia de Roma saca de ella una consecuencia falsa y errónea, aplicando á la autoridad de hombres pecadores y falibles lo que solo á Dios es debido.

Pero no avancemos nuestro asunto; en aquella época á que me vengo refiriendo, yo no pensaba en otra cosa que en ser una verdadera hija de María.

Continué así mis estudios, y al cabo de algun tiempo, iniciáronme, como igualmente á mis com-

pañeras, en las diversas fases de la vida conventual. Al par que nuestras buenas religiosas, nosotras experimentábamos una inmensa alegría cuando llegaba una nueva hermana, ó la visita del arzobispo, que se recibía de rodillas por toda la comunidad. ¡Con qué recogimiento oíanse sus palabras y esperábamos su bendición! ¡Cuán felices nos considerábamos al besar su sotana morada cuando pasaba cerca de nosotras! Respecto á las nuevas hermanas, por espacio de seis meses se las consideraba como postulantes, conservando hasta sus vestidos del siglo, pues era un primer ensayo que á nada las obligaba. Al cabo de esos seis meses tomaban el hábito, y las novicias presentábanse con trage y corona nupcial, oyendo el sermón de regla rodeada de toda su familia, y en el que se le representaban los placeres y vanidad del mundo en contraposición de los austeros sacrificios del cláustro, y de la paz prometida á los que llegasen á renunciarlos. La nueva postulante pasaba luego á la sacristía, de donde volvía al coro con el hábito de la orden menos el velo negro y la cruz de plata. Despues pasaba así un año de noviciado, durante el cual se la dejaba en completa libertad de volver al siglo si quería. Concluido el año, celebrábase otra nueva ceremonia: la novicia era cubierta de un paño negro como para indicar que había muerto para el mundo, poníasele al cuello la cruz de plata, se le cambiaba el velo, y pronunciando los votos de pobreza y obediencia, desde ese día era la esposa de Jesucristo, no teniendo nada propio, ni otra voluntad tampoco que la de sus superiores.

Tal vez se creará que nuestras religiosas, íntimamente convencidas de la bondad de su orden, procurarían inclinarnos á que abrazásemos aquel estado: sin embargo, no era así; y por mi parte creo no haber oído nunca una palabra en este sentido, y si bien admirábamos la alta dignidad espiritual de aquellas señoras, la verdad es que no pensábamos imitarlas.

Aunque las leyes francesas no admiten la perpetuidad de los votos, sin embargo, las profesas de la orden considéranse moralmente ligadas para siempre, y rara vez sucede el que una de estas religiosas renuncie á sus votos, muriendo en aquel sagrado asilo, donde hasta su cadáver queda enterrado en el panteón de la comunidad.

A la edad de diez y seis años volví al seno de mi familia, pues mi madre y mi hermanito reclamaban todos mis cuidados, y como vivía cerca del convento continuaba mis relaciones con las monjas en el tiempo que tenía libre: tampoco cambié de confesor, pues quería mucho á aquel anciano respetable que siempre había estado pronto á ayudarme con sus consejos y plegarias.

Muy luego comunicáronme mis padres el deseo que tenían de que contrajese esponsales con el hijo de uno de nuestros amigos, al que conocía hacia ya muchos años, y por consiguiente no resistí en manera alguna; antes bien, creo que me lisonjeé bastante la idea de ser independiente y dueña de mí misma. Se convino en que la boda se verificaría al cumplir yo los diez y siete años, y desde entonces M. X. venía á nuestra casa dos veces á la semana, hablaba con mi padre y me dirigía algunas palabras, á las cuales recuerdo que yo respondía con bastante sencillez. En el interin se alquiló una casa, hiciéronse los preparativos y así fué pasando el invierno.

(Se continuará.)

LAS DOS MANOS.

FÁBULA.

Cierto día del año
La mano diestra,
Con altivez y orgullo
Dijo á la izquierda:
«¡Ay, mi vecina,
De vivir á mi lado
Tú no eres digna!...»

«A tu señor y dueño
De nada sirves,
Eres torpe, holgazana,
¿Qué mas se pide?
Te lo confieso;
Francamente, vecina,
Yo te detesto.»

Frases tan insolentes
La izquierda mano
Oyó sin enojarse,
Sin hacer caso;
Ni una palabra
Contestóle siquiera,
¡Prudencia santa!...

Mas en esto ocurrióle
Alzar del suelo
Al dueño de las manos
Un grande cesto;
Pesaba mucho,
Y alzarlo con la diestra
Solo, no pudo.

Comprendiendo que era
Cosa imposible,
De ambas manos entonces
Pensó servirse;
Y en sus costillas
Cargar el grande cesto
Logró enseguida.

Lo cual viendo la diestra
Avergonzóse,
Y afrentada, á la izquierda
Perdon pidióle;
Este le dijo
Lo que sigue: «Vecina,
Justo castigo.

A tí que me desprecias
Sin merecerlo,
Hoy acaban de darte
Un buen ejemplo,
Para que sepas
Dar siempre á cada uno
Lo que merezca.»

Cosas que nos parecen
De poca monta,
Son útiles á veces
Y provechosas:
Así no olvides
Que no hay inútil nada
De cuanto existe.

JAIME MARTÍ MIQUEL.

NOTICIAS VARIAS.

Uno de los miércoles del pasado mes verificóse en una casa de la calle de Toledo el culto que allí se viene celebrando desde hace algunas semanas. Pero en ese día hubo un incidente que no queremos dejar oculto para satisfacción de los neos y delectación de los católicos. Es el caso que el Sr. Sanchez del Real había comenzado el culto leyendo el himno acostumbrado, y las personas allí reunidas habían comenzado á cantarle, cuando hé aquí que al hacerse la oración, estalló en los corredores de la casa un estrépito y un vocerío espantosos, promovido por una turba famélica de mujeres especialmente. No hay que decir que la *cencerrada á los protestantes* estaba hábilmente preparada por las buenas y católicas mujeres de aquella santa vecindad.

El culto proseguió hasta su fin, imperturbablemente, como pueden suponer nuestros amigos; pero hubo momentos en que, debemos confesar que gracias á la bullanga católica, apenas se oía el mismo que hablaba. Felicitamos al catolicismo por esta nueva victoria que ha conseguido sobre nosotros; por su cultura, que vá siendo cada vez mas relevante, y por los modales, la elevada instrucción y la extraordinaria tolerancia de sus correligionarios.

Sigan así. Esa es la senda que deben recorrer, y estén seguros que con esas maneras bárbaras, y ese salvagismo de caníbales se conquistarán todas las simpatías y se atraerán todos los corazones.

Han regresado á Madrid el presidente del Comité central de la Union Evangélica, D. Julio Vizcarondo, y los pastores de las iglesias del Redentor y de Jesús, señores Carrasco y Ruet, habiendo terminado la Asamblea general de Sevilla, de la que han formado parte como representantes de iglesias constituidas. También está de vuelta en esta capital el Sr. Moore, que representaba la iglesia de Zaragoza. Todos vienen satisfechos del resultado obtenido en la última Asamblea, de la que hacemos una ligera reseña en el lugar correspondiente de nuestro periódico, y convencidos de que la union verificada en Sevilla dará ópimos frutos de bendición en nuestra patria. Dios lo quiera.

El periódico *La Capitale* de Roma, acaba de publicar una causa criminal por falsificación de cuerpos de santos y huesos de mártires, causa que la Santa Sede se ha guardado muy mucho de darla á conocer al público.

Sabido es que ese tráfico constituía un manantial abundante de riquezas para el Papa, y que Roma es muy indulgente para los engaños piosos.

Dice la *Gazeta de Augsburgo*, que el viejo partido católico está resuelto, en el caso de que las proposiciones hechas á los obispos por el canónigo Doellinger sean rechazadas, á fundar una iglesia católica independiente, á cuyo frente se pondría uno de los obispos que han permanecido fieles á sus creencias no acatando el nuevo y peligroso dogma de la infalibilidad personal del Papa.

La infalibilidad personal del Papa es una doctrina que está agitando mucho los espíritus, no solamente en Baviera, sino también en Suiza. Una parte considerable del clero de esta última nación se niega resueltamente á sancionar el nuevo dogma creación de los jesuitas.

Es verdaderamente extraordinario el anhelo de nuestros compatriotas por escuchar la lectura y explicación de la Palabra de Dios. A pesar de los muchos lugares consagrados al culto divino en esta capital, no se abre una sala, un local cualquiera para meditar el Evangelio sin que inmediatamente se vea ocupado por personas de ambos sexos deseosas de escuchar la Palabra de vida. Ya viene celebrándose todos los lunes un culto en la calle de Daoiz y Velarde, núm. 7: pues bien, en la misma calle un buen cristiano que habita la casa núm. 26, la ha puesto á disposición de los evangelistas para que estos instruyan al pueblo en el camino de la salvación. El miércoles próximo pasado verificóse la primera reunión, á la que asistieron mas de 40 personas. Hablaron en ella el Sr. Hernandez y el evangelista Sr. Gonzalez.

Es posible que en vista de esto los papistas exaltados preparen á los cristianos una cerrada ó cosa parecida, que no saben convencer ni evangelizar de otro modo; mas ya pueden estar convencidos de que pierden su trabajo y su tiempo, porque ni las amenazas nos intimidan, ni los escándalos nos detienen. Si Dios está por nosotros, ¿quién será contra nosotros?

No ha muchos días que un sacerdote católico, apostólico romano, nos decía en Sevilla mientras nos enseñaba algunos de los tesoros artísticos que encierra su magnífica catedral: «Señores, créanme ustedes, en ninguna parte estoy tan asustado como cuando estoy dentro de esta iglesia. Aquí no hay religión, la mayor parte de los que llenan estas naves

en los días de Semana Santa, son hipócritas que asisten á estas ceremonias porque es costumbre de asistir á ellas; pero la verdad es que no creen en nada.»

¿Qué tal? ¡Y luego vendrán los diarios neos alabando los sentimientos católicos del pueblo que con tanta devoción asiste al templo en los días convenidos de Jueves y Viernes Santo!

Tanta fué la concurrencia al último culto que el lunes pasado se celebró en la calle de Daoiz y Velarde, núm. 7, que sala, pasillos, alcobas y ventanas estaban llenos de hombres y mujeres que deseaban escuchar la Palabra de Dios. Al primer culto asistieron un reducido número de personas; hoy el local es demasiado pequeño para contener á los oyentes. Dios quiera que esta obra sea el grano de mostaza casi imperceptible que se convierte en árbol, entre cuyas ramas buscan abrigo las aves del cielo.

El evangelista D. Jaime Martí y Miquel se encuentra enfermo en Valencia, y pide á sus hermanos que se acuerden de él en sus oraciones para que Dios le devuelva la salud, si tal es su voluntad, y pueda continuar sus trabajos evangélicos. Esperamos que los cristianos todos responderán á la cristiana demanda de nuestro hermano.

De *El Universal* copiamos el siguiente suelto con el cual estamos conformes en un todo:

«Pocas naciones podrán alabarse de tener tantas y tan sabias leyes como España. Ninguna podrá ostentar la gloria de no cumplirlas tan regular y sistemáticamente cual la nación favorita de María, como dice el padre Cardona.

Antes del decreto de setiembre sobre planteamiento de la ley de Matrimonio y Registro civil, contrajo matrimonio en la capilla evangélica del Redentor un individuo, que ahora presenta la certificación de su matrimonio para ser empadronado, y el alcalde, lleno de respeto á la ley y al individuo, coje el documento y le arroja al suelo por toda y digna contestación al solicitante.

Este se dirige de oficio al alcalde primero señor Galdo, para que haga ver al católico funcionario en qué consiste la libertad de cultos. Aun no ha determinado nada el alcalde popular. Entretanto proponemos al alcalde de barrio para una recompensa.»

Se ha formado causa al obispo de Calahorra por su circular relativa al matrimonio civil. El diputado carlista D. Cándido Nocedal es el encargado de la defensa y también de la de otros cinco obispos que se hallan igualmente procesados, uno de ellos el de Osma, con dos causas.

Un periódico francés, *Le Soir*, dá los siguientes pormenores respecto á los eclesiásticos romanos encarcelados en París:

«El arzobispo está preso en Mazas, como igualmente el cura de la Madeleine, de Saint-Severin y Plaisance. Todos se hallan incomunicados; mas no se les maltrata.

Están también detenidos: la hermana del arzobispo; el obispo de Sura; el cura Lagarde; vicarios generales; el abate Petit, secretario general; tres jesuitas superiores y doce inferiores; el superior del Saint-Espirit; diez vicarios de parroquias y el director del seminario de Saint-Sulpice.»

Pues bien; nosotros cristianos evangélicos, defensores en todas ocasiones de los sagrados derechos de la conciencia, protestamos altamente contra esa persecución anticatólica, por mas que un abismo nos separe de los perseguidos.

Sin embargo, sin querer atenuar todo lo que hay de ilegítimo en esos actos de la *Commune* de París, reconocemos que esos actos son la aplicación de los principios profesados por el Papa infalible y sus secuaces. Los inquisidores demócratas de París son católicos vueltos al revés, que aplican á sus adversarios los romanistas las mismas reglas que estos han aplicado siempre que lo han podido. De todas las lecciones del catolicismo, los hombres de la *Commune* no se acuerdan mas que de esta: «Es menester emplear la fuerza contra los que no se dejan

ganar por la persuasión.» Es el famoso «*compelle intrare* de la Inquisición.» Los hombres de la *Commune* han leído el Syllabus y la Encíclica de Pío IX, en donde este declara que «la libertad de conciencia y de cultos es un delirio;» que los trasgresores de las leyes eclesiásticas deben ser castigados con penas temporales;» «que ninguna libertad debe concederse al error» y otras máximas de este jaez. Pues bien, mientras llega la vez á los perseguidores creyentes, los perseguidores incrédulos aplican á los primeros sus propias máximas. La *Commune* se cree infalible por lo pronto. La *Commune* cree poseer la verdad y no quiere conceder libertad al error. El pueblo es Dios, la *Commune* es su profeta, y ¡ay! de aquel que la contradiga. La *Commune* pone en práctica, á su modo, el *compelle intrare*. Pero lo repetimos, no tenemos mas que compasión y simpatía para los perseguidos, aunque mañana mismo esos perseguidos nos quemarian si tuvieran en su mano el poder de hacerlo. Desearíamos solo que la prueba por donde pasan, que sus sufrimientos actuales fueran una lección provechosa para ellos y que renunciaran á esas máximas odiosas cuya aplicación les molesta ahora que son los mas débiles y los perseguidos. No se olviden nunca de esta gran palabra del Maestro: «No hagás á otro lo que no quisieras que te fuere hecho.»

El miércoles próximo, á las ocho y media de la noche, se reunirán en oración las congregaciones evangélicas de esta capital, en la capilla de Jesús, sita en la calle de Calatrava; y el miércoles 10 de mayo, á la misma hora, en la capilla del Salvador, plaza del Limón.

El pueblo de Camuñas, que como saben nuestros lectores ha estado bastante tiempo sin un cura romano, cuenta hoy con uno enviado por el arzobispo de Toledo. Con esto han cobrado brios los papistas de Camuñas, y comienzan ya á hacer lo que los otros hacen en todas partes, promover escándalos.

A fines del pasado marzo murió un hijo de don Daniel Cano, diácono de la iglesia evangélica. Con este motivo se alarmaron los fanáticos, hicieron acopio de armas y declararon en alta voz que la sangre correría por el pueblo antes que se diera sepultura al cadáver. ¡Qué salvajes! Afortunadamente el Ayuntamiento publicó un bando prohibiendo bajo pena de multa las reuniones que pasaran en ese día de tres personas. Con esto y con la actitud del partido republicano que se hallaba resuelto á rechazar la fuerza con la fuerza, se terminó el acto en paz y sin que hubiera desgracias que lamentar.

Por lo demás, la obra en Camuñas está dando excelentes resultados.

DEPÓSITO CENTRAL

DE LA

SAGRADA ESCRITURA DE LA SOCIEDAD BÍBLICA DE LONDRES.

CALLE DE PRECIADOS, 46, Y CÁRMEN, 43.

BIBLIAS en español, francés, portugués, italiano, inglés, alemán, holandés, ruso, etc., desde 4 reales hasta 80 rs. ejemplar.

En hebreo, siríaco, griego, árabe, etc., desde 14 reales hasta 50 rs. ejemplar.

NUEVOS TESTAMENTOS, en las mismas lenguas, vivas y muertas, desde 2 rs. hasta 12 rs. ejemplar.

EVANGELIOS SUELTOS, encuadernación esmerada y de duración, á dos cuartos cada uno.

SALMOS á 4 cuartos.

En el mismo depósito se halla la SANTA BIBLIA en castellano, edición recientemente hecha en Madrid, versión de Cipriano de Valera, reformador español del siglo XVI, á 10 y á 12 rs. ejemplar.

MADRID: 1871.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.